



A las armas

Alba González Sanz

I. Desayuno con periódicos

La foto del nuevo Gobierno griego. La foto de Teresa Rodríguez, candidata a la presidencia de Andalucía por Podemos, desnuda en una playa. El robado fotográfico de un beso entre Pablo Iglesias y Tania Sánchez. Los titulares sobre Tania Sánchez. Ridiculizar las palabras de Ada Colau cuando dice feminizar la política. La foto del nuevo Gobierno griego. Se suceden los links, los comentarios, los análisis, pero todo resulta torpemente familiar.

Grecia está lejos de consumir un proceso de cambio revolucionario, como lejos también está España de ese momento. Pero, en ambos escenarios mediterráneos, alguien ha prendido la mecha. No me interesa en estas páginas hablar del tipo de cerillas, del alcance posible de la explosión. Me interesa pensar qué sucede tras esa luz primera, cuando la palabra "poder" deja de ser aquello a alcanzar y se convierte en aquello a gestionar. Qué sucede en el proceso, quiénes, por qué, con qué consecuencias, dan rumbo a ese proceso.

Hay en la memoria de los libros y la carne una foto siempre mal encuadrada, que se deja apartada del álbum principal, que no todo el mundo encuentra, a primera vista, relevante. En esa foto están las francesas que movilizaron París hasta Versalles pidiendo que los precios de los alimentos más básicos no fuesen la razón de la muerte de sus familias. Luego sucedió la revolución, la asamblea, el cierre de los clubes de mujeres, la guillotina a la que dijo derechos de la mujer y de la ciudadana. Están las egipcias que ocuparon Tahrir para después encontrarse con su policía practicándoles pruebas de virginidad. Estarán las Colau, Sánchez, Rodríguez con apellidos griegos, pensando quizás en estas cosas.

Estamos sentadas en la mesa de un bar-librería cerca de una playa. Somos proceso. La conversación entremezcla el pequeño juego de tronos de estos días de elecciones municipales, candidaturas de unidad popular, trabajo incansable, *Telegram* fastidiosamente

activo. Algunas de las mujeres que más quiero y admiro se han echado a la espalda un peso más: pensar el común, trabajar por él. Por ahora, esquivan la fotografía que las desenfocará. Por ahora, aquí, la historia no se ha repetido. Se está repitiendo, no hay duda, no hay más que rozar las páginas de los periódicos que ya manchan, manipulan, desenfocan. Pero por ahora somos proceso. Mujeres en política. Mujeres en los cambios. Mujeres en los frentes. Cae la noche con lluvia persistente y pienso en la humedad de las trincheras. ¿Qué sucede en el proceso de la revolución? Al llegar a casa, antes de dormir, rescato de la estantería un libro que combate el desenfoco contando, precisamente, cómo tuvo lugar en esta tierra: *Mi guerra de España*, de Mika Etchebéhère¹.

II. La traición por el miedo a lo posible

El período comprendido entre 1931 y 1936 fue de especial importancia para la historia legal de las españolas. Más allá del derecho al voto, consignado en la Constitución republicana, una serie de medidas ayudó a elevar a la categoría de persona a la mitad de la población del país. El divorcio, el matrimonio civil, la investigación de la paternidad, el acceso libre a la educación, la ampliación del mundo profesional, la consolidación de un nuevo modelo de mujer moderna en sintonía con otros países del entorno, la presencia de las mujeres en todo tipo de organizaciones políticas, pensando y haciendo por construir nuevos mundos posibles. La guerra cortó de raíz todo eso pero, paradójicamente, abrió el escenario de la revolución: la posibilidad no ya de restaurar la forma que tuvo en esos años la Segunda República española, sino de trascenderla a través de ideologías de raigambre socialista y anarquista.

En un primer momento, antes de la regularización del Ejército republicano bajo un mando único, las organizaciones sindicales y políticas fueron las encargadas de montar columnas, abastecer tropas, preparar la resistencia en las ciudades y plantear al gobierno la necesidad de dar armas al pueblo y de enfrentar convenientemente el ataque recibido. Tampoco es cuestión de estas páginas extenderse en los devenires de ese asunto,

pues a dónde quiero llegar es al proceso, a sus protagonistas. Al papel que las mujeres desempeñaron en esa lucha teniendo en cuenta de dónde se venía. La Segunda República quiso subirlas al tren de la Modernidad dándoles derechos y una nueva presencia en la esfera pública. En los primeros meses de la guerra, no faltaron mujeres en los frentes. Mika Etchebéhère fue una de ellas y fue, durante unos meses cruciales previos a esa unificación del Ejército republicano, capitana de una columna del POUM. Una de las pocas mujeres que, en esos seis años, tuvo mando de tropa.

Argentina, casada con Hipólito Etchebéhère, llegó a Europa en 1931 para hacer la revolución pero no pudo ser en Alemania. Con base de operaciones en París, el matrimonio se plantea un viaje a España para recorrer Asturias y analizar lo sucedido tras la Revolución de octubre de 1934 y la fuerte represión que desató el gobierno. Llegan a Madrid en julio de 1936. Sin apenas tener tiempo de instalarse, estalla el conflicto que determinará sus vidas: se ponen a las órdenes de su organización, se van al frente. Hipólito, formado política y militarmente, está al mando de un grupo de hombres en los que Mika también se integra. De miliciana, sin embargo, pasa a tomar el mando. Su esposo muere en un combate intrascendente, en una acción suicida que la deja, por consenso, al frente del grupo. Extranjera, viuda. Mujer, claro. *Mi guerra de España* es el relato del proceso y lo es desde una perspectiva excepcional, pues como escribía Laura Casielles en una reciente reseña en *La Marea* "en un relato profunda aunque quizá inintencionadamente feminista, Mika pone en juego la pregunta por las bases de la autoridad, la pregunta por cómo aplicar la coherencia, la pregunta por la razón de la escritura".

¹) Editado por la desaparecida Alkornio en 2003, la traducción española de la autobiografía de Mika Etchebéhère ha sido recientemente publicada por el proyecto social Cambalache (Oviedo, 2014).

III. Literatura, identidad nacional y género

Su relato combina la narración de la gran política con la vivencia del combatiente. Su mirada, su escritura, se vuelca sobre sí en ese escenario y no teme preguntarse por el sexo en su contexto: Mika Etchebéhère se sabe mujer y es consciente hasta el dolor de lo que eso implica. La imagen de la capitana repartiendo jarabe para la tos en la trinchera, preocupándose de que no falten el café, el tabaco o el alcohol, las comidas calientes para las largas guardias bajo los disparos. El estado de la ropa, la salud, los niños que juegan a la guerra. La capitana que se yergue en el relato y ante sus camaradas como un ser asexuado para así ganarse el respeto y la confianza de los campesinos, mineros y obreros a los que manda. Como en la novela de Almudena Grandes, *Inés o la alegría*, donde la figura de Pasionaria se explora en esa clave de virgen obrera que la eleva a los altares políticos desposeyéndola de su condición femenina, Mika Etchebéhère explica en realidad la aguda conciencia de ese negarse en parte para poder ser proceso y construir revolución. La mujer desprovista de su sexo puede mandar tropa porque renuncia a parte de sí, se hace madre, imagen política de patria, república o libertad. Mika sabe todo esto y relata el combate contra el espejismo. Hay una causa mayor. Todo eso es necesario.

Duraron poco las mujeres en los frentes y están sepultadas bajo imágenes si no desenfocadas, falsamente construidas. Los estereotipos fáciles de putas y monjas de una película como *Libertarias*, el empeño de la dictadura por desaparecer todo atisbo de mujer libre en el imaginario colectivo español desde 1939. Entre las medidas que toma el gobierno republicano tras los primeros meses del conflicto –y que en ello funciona especularmente como los sublevados– está la de retirar a las mujeres de la primera línea de batalla y mandarlas a la retaguardia a realizar las labores de cuidados, maternales, médicas, que son propias de su sexo.

¿Es que acaso las mujeres no pueden luchar por la revolución, por su patria, por el común con todos sus deberes y derechos?

Durante varias semanas, hace unos años, alguien puso frente a mí esta pregunta. Mi directora de tesis, la profesora Carmen Alfonso García, imparte una asignatura a la que le robo título para nombrar este epígrafe. En sus clases analiza el papel de las españolas en la construcción del Estado y su imaginario político en distintos momentos históricos. Uno de ellos es la Guerra Civil y se concreta en este debate. Mujeres en el frente. Mujeres en lucha codo a codo por un mundo posible, nuevo, en el que el sexo deja de ser factor de opresión junto con la clase. Pero en ese camino, se las pospone. La mujer no puede luchar por la patria como un hombre, debe hacerlo como mujer. Como se espera de esa categoría inexistente. Asexuadas, maternales. Las heridas, las vendas, las niñas y los niños al exilio en Europa. No el fusil. ¿Casualidad?

La respuesta para aquel entonces está en investigaciones como la de mi maestra, en las palabras de Mika Etchebéhère, de sus contemporáneas. Al fin y al cabo, a pesar de esas medidas que dieron a las españolas dignidad política, el propio sistema se imponía forzosamente al progreso. Una vanguardia consciente impulsa el cambio que la sociedad, la estructura, la prensa, torpedea de forma incansable. El país no estaba en su conjunto preparado para que “mujer” fuese otra cosa que las imágenes conocidas.

En estado de excepción, puede permitirse que una mujer tome las armas pero Mika evidencia que ni siquiera en una guerra eso es completamente así pues andados unos meses no queda una sola miliciana en el frente. En todo caso, en el proceso o tras la hipótesis de victoria, la participación femenina desaparece de las políticas porque el poder se resitúa para no moverse un centímetro en lo que toca a la mitad de la población que ha de administrarlo o, en realidad, padecerlo.

Noche cerrada, de lluvia fina otra vez, tras mi ventana. 139 mensajes sin leer en un Telegram que silencio para no crisparme. A pesar de las icónicas fotos de milicianas que conservamos, de las Trece Rosas, de los relatos

que han llegado de entre el olvido, la mayor parte de ellas, su verdadera participación, el alcance de su presencia en el proceso, pertenece a la sección de fotografías desenfocadas de la historia. Las mujeres no pudieron luchar como mujeres por su patria.

¿Podemos las mujeres, hoy, participar del proceso sin ser pospuestas? ¿Tenemos memoria de las que antes lo intentaron? ¿Sigue siendo necesario vestir traje discreto, no alzar pecho alguno? ¿Se abrirá aquí otro escenario posible? Invoco a Mika antes de dormir para que visite en sueños a las mujeres que quiero y admiro y se han echado a la espalda pensar el común para que las alumbre y susurre que su ejemplo bien puede ser prevención. Que es viejo el cuento de luchar y luchar para que al final la foto sea la del "nuevo" Gobierno griego. Que importa el proceso. Que por ahora, sólo por ahora, aún somos proceso.



Mika Etchebéhère